

Inglaterra mía

D.H. Lawrence

Estaba trabajando al borde de los campos comunes, más allá del arroyo que corría en la depresión al fondo del jardín, prolongando el sendero desde el puente de planchas de madera hasta los campos comunes. Había cortado la recia hierba y los helechos, dejando desnuda la tierra gris y reseca. Pero estaba preocupado porque no lograba conseguir que el sendero fuera derecho; tenía el ceño fruncido. Había plantado sus estacas, y tomado la perspectiva entre los altos pinos, pero por alguna razón todo parecía salir mal. Esforzando sus agudos ojos azules, en los que había un destello de vikingo, volvió a mirar a través de los sombríos pinos, como desde un dintel, el sendero del jardín, cubierto de verde hierba, que se elevaba desde la sombra de los alisos junto al puente de madera hasta las flores iluminadas por el sol. Altas aguileñas blancas y púrpuras, y el extremo de la antigua casa típica de Hampshire que se acurrucaba cerca de la tierra entre las flores, brotando en el trozo de tierra tupida y salvaje que la rodeaba.

Se oyó el sonido de voces de niños llamando y conversando: voces agudas, infantiles, femeninas, ligeramente didácticas y teñidas de dominación: «Si no vienes en seguida, niñera, iré allí, donde están las serpientes». Y nadie tenía la sangre fría de responder: «Pues ve, niña tonta». Siempre era: «No, querida. Muy bien, querida. Dentro de un momento, querida. Querida, tienes que ser paciente».

Su corazón se endurecía de desilusión: un acoso y una resistencia constantes. Pero siguió trabajando. ¿Qué otra cosa iba a hacer sino someterse?

La luz del sol caía ardiente sobre la tierra; había un resplandor de vegetación llameante, de obstinada reclusión en medio de la salvaje paz de los campos comunes. Es extraño cómo la salvaje Inglaterra perdura en retazos: como aquí, en mitad de estos campos comunes de tupidas aliagas, de estos pantanosos lugares infestados de serpientes cercanos al pie de las Mesetas del Sur. El espíritu del lugar que perdura, primitivo, como cuando llegaron los sajones, hace tanto tiempo.

¡Ah, cómo lo había amado! El verde sendero del jardín, las matas de flores, aguileñas blancas y púrpuras, las amapolas orientales, grandes y rojas, con sus bocas negras, y los altos gordolobos amarillos: este llameante jardín, que había sido un jardín durante mil años, excavado en la pequeña hondonada, en medio de los campos comunes infestados de serpientes. Él lo había hecho brillar con flores, en un cuenco de sol bajo sus setos y sus árboles. ¡Un lugar tan antiguo! Y sin embargo él lo había reconstruido.

La casa de madera con su tejado inclinado, semejante a un manto, estaba vieja y olvidada. Pertenecía a la vieja Inglaterra de los villorrios y los hacendados. Perdida y sola al borde de los campos comunes, en el extremo de un ancho y herboso camino lleno de zonas enmarañadas y sombreado de encinas, nunca había conocido el mundo tal como era hoy, hasta que Egbert llegó allí con su mujer. Y él había venido a llenarlo de flores.

La casa era antigua y muy incómoda. Pero él no quería alterarla. ¡Ah, era maravilloso sentarse junto a la vieja chimenea amplia y negra, por la noche, cuando el viento rugía en lo alto, y la madera que él mismo había cortado chisporroteaba en el hogar! Él a un lado, y Winifred al otro.

¡Ah, cuánto había deseado a Winifred! Era joven y bella y estaba llena de vida, como una llama al sol. Se movía con una lenta y graciosa energía, como un floreciente arbusto de flores rojas en movimiento. También ella parecía venir de la antigua Inglaterra; fuerte, rubicunda, con una cierta quietud ruda, apasionada, y la robustez de un espino blanco. Y él, él era alto y esbelto y ágil, como un arquero inglés, con sus piernas largas y flexibles y sus delicados movimientos. El cabello de Winifred era castaño, del color de la nuez, lleno de enérgicos rizos y ondas. Sus ojos también eran de color nuez, brillantes como los de un petirrojo. Y él tenía la piel blanca, y finos y sedosos cabellos de un rubio oscurecido, y la nariz ligeramente arqueada de una antigua familia de hacendados. Formaban una hermosa pareja.

La casa era de Winifred. Su padre también era un hombre enérgico. Había llegado del Norte, sin dinero. Ahora era moderadamente rico. Había comprado aquella extensión de tierra barata, en Hampshire. No lejos de la pequeña iglesia del villorrio casi extinto se hallaba su propia casa, una antigua y cómoda granja situada a cierta distancia* de la carretera, al otro lado de un terreno sin árboles y cubierto de hierba. A un lado de este cuadrángulo estaba el largo granero o cobertizo que había convertido en casa para su hija menor, Priscilla. Se veían pequeñas cortinas a cuadros blancos y azules en las largas ventanas, y dentro, en el techo, las grandes y antiguas vigas del elevado cobertizo. Esta era la casa de Prissy. Cincuenta yardas más allá estaba la

bonita casa nueva que había hecho construir para su hija Magdalen, con la huerta que llegaba hasta el bosquecillo de encinas.

Y luego, más allá de los prados y de los rosales del jardín, se extendía el sendero a través de un espacio tupido de hierbas salvajes, hacia la línea de altos pinos oscuros que crecían en un banco de acequia, a través de los pinos y por encima del pequeño e inclinado pantano, bajo los anchos y desolados robles, hasta encontrarse con la casa de Winifred, inesperadamente acurrucada allí delante, tan sola y tan primitiva.

La casa pertenecía a Winifred, y los jardines y el trozo de terreno común y el pantanoso barranco eran suyos: su pequeño dominio. Se había casado en el momento en que su padre compró la propiedad, unos diez años antes de la guerra, de modo que había podido ofrecerle esto a Egbert como dote matrimonial.

Y habría sido difícil decir quién de los dos estaba más encantado con ello. Ella sólo tenía veinte años entonces, y él sólo tenía veintiuno. Disponía de unas ciento cincuenta libras al año, y no poseía nada más, salvo sus muy considerables atractivos personales. No tenía profesión; no ganaba dinero. Pero hablaba de música y literatura, tenía pasión por la antigua música del país, coleccionaba danzas y canciones típicas y estudiaba la danza Morris y las antiguas costumbres. Por supuesto, con el tiempo ganaría dinero de este modo.

Entretanto, la juventud, la salud, la pasión y la promesa. El padre de Winifred era siempre generoso, pero, así y todo, era un hombre del Norte, curtido y testarudo, que había recibido unos cuantos buenos golpes en su vida. En casa, guardaba su testarudez para sí, y jugaba a la poesía y al romance con su culta esposa y sus robustas y apasionadas hijas. Era un hombre de valor, nada dado a quejarse, y que soportaba sus cargas él solo. No, no dejaba que el mundo se metiera demasiado en su hogar. Tenía una mujer delicada y sensible cuya poesía había ganado alguna fama en el limitado mundo de las letras. Él mismo, con su duro y bárbaro espíritu de lucha, encontraba un deleite casi infantil en el verso, en la dulce poesía, y en el delicioso juego de un hogar culto. Su genio era fuerte, rayando casi en la rudeza. Pero esto sólo hacía que el hogar fuese más animado, más sólido y navideño. Siempre había en él un aire de Navidad, ahora que tenía dinero. Si había poesía después de cenar, había también chocolates, y nueces, y alguna golosina especial para comer.

Pues bien, a esta familia llegó Egbert. Estaba hecho de una pasta diferente. Las chicas y el padre eran personas de miembros fuertes, sangre espesa, auténticamente inglesas, como el acebo y el espino blanco son

ingleses. Su cultura les había sido injertada, quizá como alguien puede injertar una rosa común de color rosado en un tallo de espino. Florecía, por extraño que parezca, pero no alteraba su sangre.

Y Egbert era una rosa nata. Una educación de generaciones le había dejado como legado una deliciosa pasión espontánea. No era inteligente, ni siquiera «culto». No, pero la entonación de su voz, y el movimiento de su flexible y hermoso cuerpo, y la fina textura de su piel y de su pelo, la ligera curvatura de su nariz, la rapidez de sus ojos azules fácilmente ocuparían el lugar de la poesía. Winifred lo amaba, amaba a este muchacho del Sur, como a un ser superior. Un ser *superior*. No un ser más profundo. Y en cuanto a él, la amaba con pasión, con toda su alma. Ella era para él la cálida sustancia misma de la vida.

Maravillosos, entonces, aquellos días en la casa de Crockham, los primeros, completamente solos salvo por la mujer que venía a trabajar por las mañanas. Días maravillosos, en los que ella tenía toda la juventud de él para sí, su juventud alta, flexible, bien formada, y él la tenía a ella como un fuego al rojo vivo en el que podía arrojarse para rejuvenecerse. ¡Ah, que no terminara nunca, esta pasión, este matrimonio! La pasión de sus dos cuerpos ardió otra vez en aquella antigua casa, que estaba ya embrujada por tanto deseo físico pasado. No se podía estar en la habitación oscura durante una hora sin sentir las influencias. El ardiente deseo de antiguos granjeros estaba allí, en ese viejo albergue donde habían lujuriado y procreado durante tantas generaciones. La casa oscura, silenciosa, de gruesas paredes cubiertas de vigas, y el gran hogar ennegrecido, y la sensación de secreto. Oscura, con ventanas pequeñas y bajas, hundida en la tierra. Oscura, como una cueva en la que fuertes animales se hubieran guarecido y hubieran procreado, solitarios de día y solitarios de noche, abandonados a sí mismos y a su propia intensidad durante tantas generaciones. La casa parecía crear un hechizo sobre los dos jóvenes. Se volvieron diferentes. Había en ellos un curioso fulgor secreto, una cierta llama dormida difícil de entender, que envolvía a ambos. Ellos también sentían que ya no pertenecían al mundo de Londres. Crockham había cambiado su carácter: la sensación de las serpientes que vivían y dormían hasta en su propio jardín, al sol, de modo que él, avanzando con la pala, solía ver un curioso bulto amarronado sobre la negra tierra, que súbitamente se alzaba, silbaba, y se escabullía rápidamente, silbando. Un día Winifred oyó un grito extraño proveniente del macizo de flores que había al pie de la ventana baja del salón: ah, el grito más extraño, como el alma misma del oscuro pasado que gritase. Corrió fuera, y vio una larga serpiente marrón en el

macizo de flores, y en su achatada boca la pata posterior de una rana que se esforzaba por escapar, y que lanzaba su diminuto y extraño grito rugiente. Winifred miró a la serpiente, y ésta le devolvió la mirada con su hosca cabeza chata, obstinadamente. Lanzó un grito, soltó a la rana y se alejó deslizándose enfurecida.

Así era Crockham. La espada de la invención moderna aún no lo había atravesado, y yacía allí, secreto, primitivo, salvaje, como cuando los sajones llegaron por primera vez. Y Egbert y ella se sintieron atrapados allí, atrapados fuera del mundo.

Él no estaba ocioso, ni tampoco ella. Había muchas cosas que hacer; dejar la casa en buenas condiciones tras la partida de los obreros, confeccionar almohadones y cortinas, trazar senderos, ir a buscar agua, y nivelar la pendiente del descuidado jardín, con su profunda capa de tierra, trazar en él sendas y terrazas y llenarlo de flores. Egbert se ocupó de esto, en mangas de camisa, trabajando todo el día, intermitentemente, haciendo una cosa y la otra. Y ella, callada y rica en sí misma, viéndolo a él inclinado, trabajando solo, solía acudir a ayudarlo, para estar a su lado. Él era, por supuesto, un aficionado, un aficionado nato. Trabajaba tanto, y hacía tan poco, y nada de lo que hacía se mantenía durante mucho tiempo. Si trazaba terrazas en el jardín, sostenía la tierra con un par de largas y estrechas planchas de madera que pronto empezaban a combarse con la presión que recibían desde atrás, y que no tardarían muchos años en pudrirse y romperse y dejar que la tierra se deslizara nuevamente en un montón hacia el lecho del arroyo. Pero así era. No había sido educado para afrontar nada, y le parecía que eso bastaría. No, no pensaba que hubiera nada más que pudiera hacerse, salvo pequeños apaños temporales, él, que sentía tanta pasión por su vieja y resistente casa, y por las cosas antiguas y permanentes de la Inglaterra del pasado. Resultaba curioso que el sentido de permanencia en el pasado le cautivara tanto, mientras que en el presente era un aficionado chapucero.

Winifred no lo criticaba. Educada en la ciudad, todo le parecía espléndido, y el hecho mismo de cavar y remover la tierra le resultaba romántico. Pero ni Egbert ni ella se daban cuenta aún de la diferencia entre el trabajo y el romance.

Al principio Godfrey Marshall, el padre de Winifred, estaba encantado con el *ménage* de la casa de Crockham. Opinaba que Egbert era maravilloso, por las muchas cosas que llevaba a cabo, y se sentía gratificado por el fulgor de la pasión física que existía entre ambos jóvenes. Para el hombre que, en Londres, aún trabajaba duramente para conservar intacta su modesta fortuna,

la idea de esta joven pareja, cavando en su jardín y amándose en Crockham Cottage, enterrado profundamente entre los campos comunes y los pantanos, cerca de la pálida mole de las mesetas, era un capítulo de romance viviente. Y ellos extraían el sustento para el fuego de su pasión de él, del anciano. Era él quien alimentaba su llama. Triunfaba secretamente en el pensamiento. Y era a su padre hacia quien Winifred aún se volvía, como la fuente de toda la seguridad, la vida y el apoyo. Amaba a Egbert con pasión. Pero detrás de ella estaba el poder de su padre. Era al poder de su padre al que ella acudía cada vez que necesitaba hacerlo. Nunca se le ocurriría acudir a Egbert, si tenía alguna dificultad o alguna duda. No, en todos los asuntos *serios* dependía de su padre.

Porque Egbert no tenía ninguna intención de hacer frente a la vida. No tenía ambición alguna. Procedía de una familia decente, de una agradable casa en el campo, de un entorno encantador. Hubiera debido, por supuesto, tener una profesión. Debería haber estudiado leyes, o dedicarse a los negocios de alguna manera. Pero no: aquellas fatales tres libras a la semana le impedirían pasar hambre mientras viviera, y él no quería esclavizarse con nada. No es que estuviera ocioso. Siempre estaba haciendo algo, a su manera de aficionado. Pero no tenía deseos de entregarse al mundo, y aún menos de luchar para abrirse camino en el mundo. No, no, el mundo no valía el esfuerzo. Él quería ignorarlo, seguir su propio camino, apartado, como un peregrino por sendas olvidadas. Amaba a su mujer, su casa y su jardín. Construiría allí su vida como una especie de ermitaño epicúreo. Amaba el pasado, las antiguas costumbres, la música y las danzas de la vieja Inglaterra. Intentaría vivir en el espíritu de estas cosas, no en el espíritu del mundo de los negocios.

Pero a menudo el padre de Winifred la llamaba a Londres, ya que le encantaba tener a sus hijos consigo. De modo que ella y Egbert tuvieron que tomar un piso pequeño en la ciudad, y la joven pareja había de trasladarse de vez en cuando del campo a la ciudad. En Londres Egbert tenía muchos amigos, todos ellos tan ineficaces como él, que coqueteaban con las artes, la literatura, la pintura, la escultura, la música. No se aburría.

Tres libras a la semana, empero, no eran suficientes para todo esto. Lo pagaba el padre de Winifred. A él le gustaba pagar. Sólo le daba a su hija una pequeña asignación, pero a menudo le regalaba diez libras, o se las regalaba a Egbert. De modo que ambos consideraban al anciano como su fuente de sustento. A Egbert no le importaba el patronazgo, ni que le pagaran. Sólo

cuando sintió que la familia se volvía un poco demasiado condescendiente, a causa del dinero, empezó a molestarse.

Luego, por supuesto, llegaron los niños: una preciosa hija rubia con cabeza de vilano. Todo el mundo adoraba a la niña. Era la primera criatura rubia y exquisita que había llegado a la familia, una pequeñuela con los blancos, esbeltos y hermosos miembros de su padre, y a medida que crecía los delicados movimientos danzarines del espíritu de la pequeña y salvaje margarita. No era de extrañar que todos los Marshall adorasen a la niña: la llamaron Joyce. Ellos tenían su propia gracia, pero era una gracia lenta, algo pesada. Todos ellos tenían miembros robustos y pesados, y piel oscura, y eran bajos de estatura. Y ahora tenían como cosa propia a esta criatura pequeña y ligera, semejante a una prímula. Era como un pequeño poema en sí misma.

Pero no obstante trajo consigo una nueva dificultad. Winifred debía tener una niñera para ella. Sí, sí, debían tener una niñera. Fue el decreto de la familia. ¿Y quién iba a pagar a la niñera? El abuelo, teniendo en cuenta que el padre no ganaba dinero. Sí, pagaría el abuelo, como había pagado todos los gastos del parto. Se creó entonces una ligera sensación de dependencia monetaria. Egbert estaba viviendo de su suegro.

Después de nacer la niña, las cosas no volvieron a ser las mismas entre él y Winifred. Al principio la diferencia fue apenas perceptible. Pero estaba allí. En primer lugar, Winifred tenía un nuevo centro de interés. Ella no iba a adorar a su hija. Pero tenía lo que la madre moderna tiene tan a menudo en lugar de amor espontáneo: un profundo sentido del deber hacia su hija. Winifred apreciaba a su encantadora pequeña, y sentía hacia ella un profundo sentido del deber. Parece extraño, que este sentido del deber resultara más profundo que el amor hacia su marido. Pero así era. Y así es a menudo. La responsabilidad de la maternidad era lo principal en el corazón de Winifred: su responsabilidad como esposa venía muy rezagada, en segundo lugar.

Su hija pareció unirla una vez más al circuito de su propia familia. Su padre y su madre, ella misma y su hija, esa era la trinidad humana para ella. ¿Su marido? Sí, aún le amaba. Pero eso era como un juego. Tenía un sentido del deber y de la familia casi bárbaro. Hasta que se casó, su primer deber humano había sido hacia su padre. Él era el pilar, la fuente de vida, el eterno apoyo. Ahora, a la cadena del deber se añadía otro eslabón: su padre, ella misma, y su hija.

Egbert estaba fuera de ello. Sin que ocurriera nada, fue gradualmente, inconscientemente, excluido del círculo. Su mujer aún le amaba, físicamente. Pero, pero... era casi la parte innecesaria del asunto. Él no podía quejarse de

Winifred. Ella seguía cumpliendo sus deberes para con él. Aún sentía una pasión física por él, esa pasión física en la que él había puesto toda su alma, toda su vida. Pero... pero...

Durante largo tiempo fue un «pero» siempre recurrente. Y luego, después de la segunda hija —otra criatura rubia, preciosa, conmovedora, no tan orgullosa y lucida como Joyce— después de que llegó Annabel, Egbert empezó realmente a darse cuenta de lo que ocurría. Su mujer aún le amaba. Pero —y ahora el «pero» se había hecho enorme— el amor físico que sentía por él era para ella de importancia secundaria. Se hizo cada vez menos importante. Después de todo, la había sentido, esta pasión física, durante dos años. No era de esto de lo que uno vivía. No, no... sino de algo más serio, más real.

Winifred empezó a resentirse de la pasión que sentía por Egbert. Hasta cierto punto empezó a despreciarla. Porque después de todo, allí estaba él. Era encantador, amoroso, terriblemente deseable. Pero... pero —¡oh, la terrible y amenazante nube de ese *pero!*— él no se erguía firme en el panorama de su vida como una torre de fuerza, como un gran pilar de importancia. No, era como un gato que uno tiene por la tasa, que un día desaparece sin dejar huellas. Era como una flor en el jardín, temblando en el viento de la vida, y que luego desaparece, sin dejar nada detrás. Como un aditamento, como un accesorio, era perfecto. Muchas mujeres hubieran deseado tenerlo a su lado toda la vida, como la más hermosa y deseable de todas sus posesiones. Pero Winifred pertenecía a otra escuela.

Pasaron los años, y en vez de enfrentarse más a la vida, él se relajó más. Tenía una naturaleza sensible, sutil, apasionada. Pero simplemente se negaba a entregarse a lo que Winifred llamaba la vida, el *trabajo*. No, no se lanzaría al mundo, a trabajar por dinero. No, se negaba a hacerlo. Si Winifred prefería vivir por encima de sus posibilidades, eso era cosa suya.

Y Winifred no quería realmente que él saliera al mundo a trabajar por dinero. El dinero se convirtió —¡ay!— en una palabra como una marca de fuego entre ellos, encendiéndolos a ambos en una llama de ira. Pero esto es porque debemos hablar en símbolos. A Winifred el dinero no le importaba realmente. No le importaba que él lo ganase o lo dejase de ganar. Sólo sabía que dependía de su padre para las tres cuartas partes del dinero que gastaba en ella y en sus hijas, y hacía de esto el *casus belli*, el arma levantada entre ella y Egbert.

¿Qué quería ella? ¿Qué quería? Su madre le había dicho una vez, con aquel característico deje de ironía: «Bueno, querida, si es tu destino observar

a los lirios del campo, que no se fatigan, ni hilan, ese es un destino entre muchos otros, y quizá menos desagradable que la mayoría. ¿Por qué te lo tomas a mal, hija mía?».

La madre era más sutil que sus hijos; ellos raramente sabían qué contestarle. De modo que Winifred sólo quedó más confundida. No se trataba de lirios. Al menos, si fuera una cuestión de lirios, sus hijas serían los capullitos. Ellas, al menos, *crecían*. ¿No dice Jesús: «Observad los lirios del campo, *cómo crecen*»? Bien, entonces ella tenía a sus hijas, que crecían. Pero en cuanto a aquella otra flor alta y hermosa que tenían como padre, él ya estaba crecido, de modo que ella no quería pasarse la vida considerándolo en la flor de sus días.

No; no era que él no ganase dinero. No era que estuviese ocioso. No estaba ocioso. Siempre estaba haciendo algo, siempre estaba trabajando, en Crockham, haciendo pequeños trabajos. Pero ¡vaya con los pequeños trabajos—los senderos del jardín, las hermosas flores— las sillas que había que arreglar, las viejas sillas!

Era que él no representaba nada. ¡Si hubiera hecho algo sin éxito, si hubiera perdido el dinero que tenían! Si hubiera al menos intentado algo. Es más, si hubiera sido malvado, si hubiera malgastado el dinero, ella se habría sentido más libre. Al menos habría tenido algo a lo que resistirse. Un derrochador representaba algo, en realidad. Un derrochador dice: «No, yo no respetaré ni ayudaré a la sociedad en esto de aumentar los bienes y mantenerse juntos. Pondré trabas a todo ello en la medida que pueda». O si no, dice: «No, no me importarán los demás. Tengo mis deseos, y son los míos, y los prefiero a las virtudes de las otras gentes». Así, un derrochador, un truhán, toma una cierta posición. Se expone a la oposición y al castigo final. Al menos en las novelas.

¡Pero Egbert! ¿Qué se podía hacer con un hombre como Egbert? No tenía vicios. Era realmente amable; aún más, generoso. Y no era débil. Si hubiera sido débil, Winifred habría podido ser amable con él. Pero ni siquiera le daba ese consuelo. No era débil, y no quería su consuelo ni su amabilidad. No, gracias. Tenía buen carácter, apasionado, y estaba hecho de mejor pasta que ella. Él lo sabía, y ella lo sabía. Por tanto se hallaba más confundida y más desconcertada aún, la pobre. Él, el ser superior, el mejor, a su manera el más fuerte, jugaba con su jardín, y con sus antiguas canciones populares y sus danzas Morris, sólo jugaba, y dejaba que ella soportara el peso del futuro en su corazón.

Y él empezó a amargarse, y una mirada maligna empezó a aparecer en su rostro. No se rendía a ella; él no. Había siete demonios dentro de su blanco, largo, esbelto cuerpo. Tenía salud, estaba lleno de vida contenida. Sí, hasta él mismo tenía que encerrar su insensata vida dentro de sí, ahora que ella no quería tomarla. O mejor dicho, ahora que ella la tomaba sólo ocasionalmente. Ya que a veces ella tenía que ceder. Lo amaba tanto, lo deseaba tanto, le parecía tan exquisito, una excelente persona, mejor aún que ella. Sí, con un gemido ella tenía que someterse a su insaciable pasión por él. Y él iba hacia ella entonces —ah, terrible, maravilloso— y ella a veces se preguntaba cómo ninguno de los dos podía vivir después del terror de la pasión que los embargaba. Para ella era como si un verdadero rayo, destello tras destello, atravesara cada una de sus fibras, hasta extinguirse.

Pero el destino de los seres humanos es seguir viviendo. Y el destino de las nubes, que no parecen más que retazos de vapor, es el de irse amontonando, el de irse amontonando hasta llenar los cielos y oscurecer completamente el sol.

Así era. El amor volvía, el rayo de la pasión centelleaba poderosamente entre los dos. Y había cielos azules y belleza durante un tiempo. Y luego, inevitable, inevitablemente, las nubes empezaban a acercarse lentamente por encima del horizonte, lenta, lentamente a acechar desde los cielos, arrojando una fría y odiosa sombra ocasional: lenta, lentamente empezaban a congregarse, a llenar el espacio empírico.

Y a medida que pasaban los años, el rayo aclaraba el cielo cada vez más raramente, y el azul aparecía cada vez menos. Gradualmente, la cubierta gris se iba hundiendo sobre ellos, como si fuera a ser permanente.

¿Por qué no hacía algo Egbert, entonces? ¿Por qué no afrontaba la vida? ¿Por qué no era como el padre de Winifred, un pilar de la sociedad, aun cuando fuera una esbelta y exquisita columna? ¿Por qué no se disciplinaba de algún modo? ¿Por qué no tomaba alguna dirección?

Y bien, se puede conducir un asno al agua, pero no puede obligársele a beber. El mundo era el agua, y Egbert era el asno. Y él no quería tener nada que ver. No podía; simplemente no podía. Dado que la necesidad no le obligaba a trabajar para ganarse su pan y mantequilla, no quería trabajar sólo en nombre del trabajo. No es posible hacer que las aguileñas se mezan en la brisa de enero, ni lograr que el cuclillo cante en Inglaterra en Navidad. ¿Por qué? Porque no es su estación. No quiere hacerlo. Es más; no *puede* querer hacerlo.

Y así ocurría con Egbert. No podía unirse al trabajo del mundo, porque carecía del deseo básico de hacerlo. Aún más: en el fondo, tenía un deseo todavía más fuerte: el de mantenerse aparte. Mantenerse aparte. No hacer ningún daño a nadie. Pero mantenerse aparte. No era su estación.

Quizá no hubiera debido casarse y tener hijos. Pero no se puede impedir que las aguas fluyan.

Lo cual era verdad también para Winifred. Ella no estaba hecha para soportar las cosas sola. Su árbol genealógico era una robusta planta que necesitaba estar viva, creer en algo. Su vida tenía que ir en una u otra dirección. En su propio hogar jamás había conocido esta indolencia que encontraba en Egbert, y que no podía comprender, y que la desesperaba de tal modo. ¿Qué iba a hacer ella, qué iba a hacer ella, ante esta terrible indolencia?

¡Todo era tan diferente en su propia casa! Su padre pudo haber tenido sus dudas, pero se las guardó para sí. Quizá no creyera profundamente en este mundo nuestro, en esta sociedad que hemos elaborado con tanto esfuerzo, sólo para encontrarnos al fin preparados para la muerte. Pero Godfrey Marshall estaba hecho de una fibra dura y recia, aunque una sana vena de astucia le recorriera. Para él era una cuestión de ganarlo todo, y dejar el resto al cielo. Sin muchas ilusiones que lo agraciaran, aún seguía creyendo en el cielo. De una manera oscura, que nada cuestionaba, tenía una especie de fe: una fe acre como la savia de un árbol que no ha de ser exterminado. Sólo una fe ciega y acre, como la savia es ciega y acre, y sin embargo continúa adelante en crecimiento y fe. Quizá fuera poco escrupuloso, pero sólo como puede serlo un árbol que crece, abriéndose camino en medio de una selva.

Al fin, es sólo esta sólida fe semejante a la savia lo que hace que el hombre siga adelante. Este puede vivir durante muchas generaciones dentro del refugio del entorno social que ha construido para sí mismo, igual que los perales y los groselleros seguirán dando fruta a lo largo de muchas estaciones dentro de un jardín cercado, aun cuando la raza humana fuera súbitamente exterminada. Pero poco a poco estos frutales cercados acabarían por echar abajo las mismas paredes que los protegieran. Poco a poco, todo establecimiento se derrumba, a menos que sea renovado o restaurado por manos vivas, todo el tiempo.

Egbert no podía obligarse a renovar o restaurar nada. No era consciente del hecho, aunque de todos modos la conciencia no ayuda mucho. Sencillamente, no podía. Tenía la cualidad estoica y epicúrea de su antigua buena educación. Su suegro, no obstante, aunque no era en modo alguno más tonto que Egbert, se daba cuenta de que mientras estamos aquí más nos vale

vivir. Y así, se aplicaba a su pequeña sección del trabajo social, y a hacer lo mejor por su familia, y dejaba el resto a la última voluntad del cielo. Una cierta solidez de carácter le hacía capaz de seguir adelante. Pero a veces, incluso surgía de él una súbita hiel de amargura contra el mundo y su composición. Y sin embargo, le acompañaba su voluntad de llegar al éxito, y esto era lo que le ayudaba. Se negaba a preguntarse a sí mismo en qué consistiría ese éxito. Consistía en su propiedad de Hampshire, y en que a sus hijos no les faltase nada, y en que él tuviera una cierta importancia en el mundo: ¡y basta! ¡Basta, basta!^[1]

Así y todo, no imaginemos que era un vulgar arribista. No lo era. Sabía tan bien como Egbert lo que significaba la desilusión. Quizá, en su alma, valoraba igual el éxito. Pero tenía cierto valor, y cierta voluntad de poder. En su pequeño círculo emanaba poder, el poder único de su ciego yo. Aunque malcriaba a sus hijos, aún seguía siendo el típico padre inglés a la antigua usanza. Era demasiado inteligente como para crear leyes y dominar en lo abstracto. Pero había conservado, y esto para su honor, un cierto dominio primitivo sobre las almas de sus hijos, el antiguo y casi mágico prestigio de la paternidad. Allí estaba, todavía ardiendo en él, la antigua antorcha humeante de la deidad paternal.

Y sus hijos habían sido educados a la sagrada luz de esta antorcha. Al final, había dado a sus hijas todas las libertades. Pero nunca las había dejado ir realmente más allá de su poder. Y ellas, aventurándose en la dura luz blanca de nuestro mundo sin padre, aprendieron a ver con los ojos del mundo. Hasta aprendieron a criticar a su padre, a verlo como a un ser inferior, desde un resplandor de blanca luz mundana. Pero esto sólo con la mente. En el momento en que olvidaban sus ardides de crítica, el antiguo fulgor rojo de su autoridad volvía a imponerse sobre ellas. No podían apagarlo.

Que el psicoanalista hable del complejo paterno. Es sólo una palabra inventada. He aquí a un hombre que había mantenido viva la antigua llama roja de la paternidad, paternidad que hasta tenía el derecho de sacrificar el hijo a Dios, como Isaac. Paternidad que tenía autoridad de vida o muerte sobre los hijos: un gran poder natural. Y hasta que sus hijos pudieran ser llevados ante alguna otra gran autoridad, como mujeres, o pudieran llegar a su madurez de hombres y convertirse ellos mismos en los centros de ese mismo poder, hasta ese entonces, quisiéranlo o no, Godfrey Marshall conservaría a sus hijos.

En un momento, pareció que iba a perder a Winifred. Winifred había adorado a su marido y lo admiraba como a algo maravilloso. Quizá había

esperado encontrar en él otra gran autoridad, una autoridad masculina mayor y mejor que la de su padre. Ya que habiendo conocido una vez el brillo del poder masculino, se resistía a volverse hacia la fría luz blanca de la independencia femenina. Ansiaría, ansiaría toda su vida el calor y el refugio de la auténtica fuerza masculina.

Y bien podía hacerlo, ya que el poder de Egbert estribaba en el rechazo del poder. Era en sí mismo la negación viviente del poder. E incluso de la responsabilidad. Ya que la negación del poder significa, al fin, la negación de la responsabilidad. En lo que respectaba a estas cosas, Egbert se reservaba para sí mismo. Hasta intentaba reservar su propia influencia para sí mismo. Intentaba, en lo posible, abstenerse de influenciar a sus hijos asumiendo por ellos cualquier responsabilidad. «Un muchachuelo podrá conducirlos...». Su hija lo conduciría, entonces. Él intentaría no hacerla ir en ninguna dirección concreta. Se abstendría de influenciarla. ¡Libertad...!

La pobre Winifred era como un pez fuera del agua en esta libertad, boqueando en busca del elemento más denso que pudiera contenerla. Hasta que llegó su hija. Y entonces supo que debía ser responsable de ella, que debía tener autoridad sobre ella.

Pero aquí Egbert, silenciosa y negativamente, intervino. Silenciosa, negativamente, pero fatalmente, neutralizó la autoridad de Winifred sobre sus hijos.

Nació una tercera hija. Y después de esto Winifred no quiso más hijos. Su alma se estaba volviendo de sal.

De modo que ella tenía los hijos a su cargo, eran su responsabilidad. El dinero para ellos había venido de su padre. Ella haría todo lo que pudiera por ellos, y tendría el control sobre su vida y su muerte. ¡Pero no! Egbert no quería asumir la responsabilidad. Ni siquiera proporcionaba el dinero. Pero no la dejaba salirse con la suya. No permitía su autoridad oscura, silenciosa, apasionada. Era una batalla entre ellos, la batalla entre la libertad y el antiguo poder de la sangre. Y por supuesto él ganó. Las pequeñas lo adoraban. «¡Papá! ¡Papá!». Podían hacer lo que quisieran con él. Su madre las hubiera dirigido. Las hubiera dirigido apasionadamente; con indulgencia, con la antigua y oscura magia de la autoridad parental, algo que está allí, incuestionado y, después de todo, divino: si creemos en la autoridad divina. Los Marshall, que eran católicos, creían en ella.

Y Egbert transformaba su antigua, oscura y católica autoridad de la sangre en una especie de tiranía. No quería dejarle a sus hijas. Se las robaba, y sin embargo no asumía responsabilidad alguna sobre ellas. Se las robaba, en

emoción y en espíritu, y sólo la dejaba regular su comportamiento. Una tarea desagradecida para una madre. Y sus hijas lo adoraban, lo adoraban, sin imaginar la vacía amargura que se estaban preparando para cuando crecieran y tuvieran maridos: maridos como Egbert, adorables y nulos.

Joyce, la mayor, era todavía la favorita de Egbert. Ahora tenía seis años, y era vivaz como el mercurio. Bárbara, la más pequeña, era un bebé de dos años. Pasaban la mayoría del tiempo en Crockham, porque él quería estar allí. Y en realidad hasta Winifred adoraba el lugar. Pero ahora, en su ciego estado de frustración, lo encontraba lleno de amenazas para las niñas. Las víboras, las bayas envenenadas, el arroyo, el pantano, el agua que podía no ser pura... una cosa tras otra. Por parte de la madre y la niñera, una andanada de órdenes, y por parte de las tres niñas rubias, que nunca estaban quietas, una alegre y azogada desobediencia. Detrás de las niñas estaba el padre, contra la madre y la niñera. Y así era.

—Si no vienes en seguida, niñera, me iré allí, adonde están las serpientes.

—Joyce, tienes que tener paciencia. Estoy cambiando a Annabel.

Ahí lo tienen. Allí estaba: siempre igual. Trabajando en los pastos comunes al otro lado del arroyo, lo oye todo. Y siguió trabajando, igual que antes.

De pronto oyó un grito, y arrojó la pala lejos de sí y se dirigió al puente, mirando en su derredor como un ciervo asustado. Ah, allí estaba Winifred. Joyce se había lastimado. Siguió adelante a través del jardín.

—¿Qué ocurre?

La niña seguía gritando. Ahora decía: «¡Papá! ¡Papá! ¡Oh... oh, papá!». Y la madre decía:

—No te asustes, querida. Deja que lo vea mamá.

Pero la niña sólo gritaba:

—¡Oh, papá, papá, papá!

Estaba aterrada por la vista de la sangre que fluía de su rodilla. Winifred se puso en cuclillas, con su hija de seis años en la falda, para examinar la rodilla. Egbert también se agachó.

—No hagas tanto ruido, Joyce —dijo irritablemente—. ¿Cómo se lo ha hecho?

—Se cayó encima de la guadaña que tú dejaste tirada por ahí después de cortar la hierba —dijo Winifred, mirándolo a la cara con amarga acusación mientras él se agachaba a su lado.

Egbert había cogido su pañuelo y lo había atado a la rodilla. Luego alzó a la niña, que aún seguía llorando, en sus brazos, la llevó a la casa, y la subió a

su cama. En sus brazos la niña se calló. Pero el corazón de Egbert ardía de dolor y de culpa. Él había dejado la guadaña allí, al borde de la hierba, y su hija mayor, a quien él amaba tanto, se había hecho daño. Pero después de todo era un accidente. Un accidente. ¿Por qué debía sentirse culpable? Seguramente no sería nada, se pondría mejor en dos o tres días. ¿Por qué tomárselo a pecho, por qué preocuparse? Apartó el pensamiento de su mente.

La niña yacía en la cama con su vestidito de verano, el rostro muy blanco ahora, después del susto. La niñera había venido trayendo consigo a la menor, y la pequeña Annabel también estaba allí, cogida a sus faldas. Winifred, terriblemente seria y rígida, estaba inclinada sobre la rodilla, de la que había retirado el pañuelo empapado en sangre. Egbert también se inclinó hacia adelante, con más sangre fría en la cara que en el corazón. Winifred se había convertido en un bloque de seriedad, de modo que él tenía que mantener cierta reserva. La niña gemía y se quejaba.

La rodilla aún seguía sangrando copiosamente. Era un corte profundo en la articulación.

—Será mejor que vayas a buscar al médico, Egbert —dijo Winifred amargamente.

—¡No! ¡No! —gritó Joyce aterrorizada.

—¡Joyce, mi amor, no llores! —dijo Winifred, estrechando súbitamente a la pequeña contra su pecho con extraña y trágica angustia, la *Mater Dolorata*. Hasta la niña se asustó y se quedó en silencio. Egbert miró la trágica figura de su mujer con la niña abrazada contra su pecho, y volvió la cabeza. Sólo Annabel empezó de pronto a llorar: «¡Joyce, Joyce, no quiero que te sangre la pierna!».

Egbert recorrió las cuatro millas hasta el pueblo en busca del médico. No podía evitar pensar que Winifred estaba exagerando un poco. ¡Sin duda la rodilla no estaba afectada! Claro que no. Sólo era un corte superficial.

El médico estaba fuera. Egbert dejó el recado y volvió pedaleando rápidamente a casa, con el corazón encogido de ansiedad. Se bajó, sudando, de su bicicleta y entró en la casa, con aspecto encogido, como el de un hombre que se halla en falta. Winifred estaba arriba, sentada junto a Joyce, que estaba en la cama, pálida y con aspecto importante, comiendo un poco de budín de tapioca. La carita pálida, pequeña y asustada de la niña le llegó al corazón.

—El Dr. Wing estaba fuera. Estará aquí a eso de las dos y media —dijo Egbert.

—No quiero que venga —gimió Joyce.

—Joyce, querida, debes ser paciente y quedarte tranquila —dijo Winifred—. El doctor no te hará daño. Pero nos dirá lo que hemos de hacer para que tu rodilla sane pronto. Por eso debe venir.

Winifred siempre explicaba las cosas cuidadosamente a sus hijas; y las dejaba por un momento sin palabras.

—¿Aún sigue sangrando? —dijo Egbert.

Winifred apartó cuidadosamente la ropa de cama.

—Creo que no —dijo.

Egbert también se inclinó a mirar.

—No, no sangra —dijo. Luego se irguió con el alivio reflejado en su rostro. Se volvió hacia la niña.

—Cómete el budín, Joyce —dijo—. No será nada. Sólo tendrás que estar quieta por unos días.

—Aún no has almorzado, ¿verdad, papá?

—Todavía no.

—La niñera te dará el almuerzo —dijo Winifred.

—Te pondrás bien, Joyce —dijo él, sonriendo y apartando el rubio cabello de la frente de la niña. Ella le miró a la cara y le devolvió la sonrisa alegremente.

Egbert bajó y almorzó solo. La niñera le servía. Le gustaba servirle. Egbert gustaba a todas las mujeres, y a éstas les agradaba hacer cosas para él.

Vino el médico; un obeso médico rural, amable y simpático.

—¿Qué, mi pequeña, te has caído, eh? ¡Mira que haber hecho eso una niña tan inteligente como tú! ¡Qué! ¿Y te has cortado la rodilla? ¡Vaya, vaya, vaya! Eso ha sido una tontería, ¿no crees? No importa, no importa, pronto estará mejor. Vamos a verla. No te haré daño. Ni el más mínimo. Traiga un recipiente con un poco de agua tibia, niñera. Pronto volverá a estar bien, pronto volverá a estar bien.

Joyce le sonreía con una pálida sonrisa de ligera superioridad. Este no era el modo en que ella estaba acostumbrada a que la trataran.

El médico se inclinó, mirando atentamente la pequeña y delgada rodilla herida de la niña, Egbert se inclinó junto a él.

—¡Vaya, vaya! Un corte bastante profundo. Es un corte muy feo. Pero no importa. No importa, jovencita. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Joyce —dijo la niña con voz clara.

—¿De veras? —replicó él—. ¿De veras? Pues es un nombre muy bonito, en mi opinión. Joyce, ¿eh? ¿Y qué edad tiene la señorita Joyce? ¿Puede ella decirme eso?

—Tengo seis años —dijo la niña, ligeramente divertida y en tono condescendiente.

—¡Seis! Ya está. Y ahora cuenta hasta seis. ¿Puedes? Eso es, una niña muy inteligente, muy inteligente. Y estoy seguro de que si tiene que tomar una cucharada de medicina no dirá ni pío. No como otras niñas, ¿eh?

—La tomaré si mi madre lo desea —dijo Joyce.

—¡Ah, eso es! Así me gusta. Eso es lo que me gusta oír de una jovencita que está en la cama porque se ha cortado una rodilla. Así me gusta...

El agradable y meticuloso doctor curó y vendó la rodilla y recomendó que la niña guardara cama y una dieta liviana. Pensaba que en una semana o quince días la herida estaría curada. Afortunadamente, no había huesos ni ligamentos dañados. El corte era sólo en la carne. Dijo que volvería al cabo de uno o dos días.

De modo que Joyce se sintió más reconfortada, se quedó en la cama, y se le subieron todos sus juguetes. Su padre jugaba a menudo con ella. El médico volvió al tercer día. Estaba contento con la rodilla. Estaba cicatrizando... sí, sí. Que la niña continuara en la cama. Volvió al cabo de uno o dos días. Winifred estaba algo inquieta. La herida parecía cicatrizar en su parte superior, pero a la niña le dolía demasiado. No tenía buen aspecto. Así se lo dijo a Egbert.

—Egbert, estoy segura de que la rodilla de Joyce no está cicatrizando bien.

—Yo creo que sí —dijo él—. Yo creo que está bien.

—Yo preferiría que volviese el Dr. Wing. No me siento satisfecha.

—¿No estás intentando imaginar que está peor de lo que realmente está?

—Tú dirías eso, por supuesto. Pero voy a escribirle una tarjeta al Dr. Wing ahora mismo.

El médico vino al día siguiente. Examinó la rodilla. Sí, había una inflamación. Sí, era posible que hubiera una infección. Era posible. ¿Tenía fiebre la niña?

Pasaron quince días, y la niña tuvo fiebre, y la rodilla estaba más inflamada, cada vez peor, y era dolorosa, dolorosa. Joyce lloraba por las noches, y su madre tenía que quedarse con ella. Egbert seguía insistiendo que no era nada, en realidad, que ya pasaría. Pero en su corazón estaba inquieto.

Winifred escribió una vez más a su padre. El sábado, el anciano apareció. Y en cuanto Winifred vio su figura gruesa y más bien baja con su traje de *tweed*, una gran nostalgia se apoderó de ella.

—Padre, no estoy satisfecha con Joyce. No estoy satisfecha con el Dr. Wing.

—Bien, Winnie querida, si no estás satisfecha, hemos de hacer otra consulta, eso es todo.

El robusto y poderoso anciano subió las escaleras, produciendo su voz un sonido raspante a través de la casa, como si cortase la tensa atmósfera.

—¿Cómo estás, Joyce querida? —le dijo a la niña—. ¿Te duele la rodilla? ¿Te duele, querida?

—A veces sí. —La niña era tímida con él, fría con él.

—Lo siento, querida. Espero que sepas soportarlo, y que no inquietes demasiado a tu madre.

No hubo respuesta. El anciano examinó la rodilla.

Estaba roja y rígida.

—Por supuesto —dijo—, creo que debemos escuchar la opinión de otro médico. Y si vamos a hacerlo, será mejor que lo hagamos cuanto antes. Egbert, ¿crees que puedes ir en bicicleta a Binkham a buscar al Dr. Wayne? Quedé muy satisfecho de él cuando trató a la madre de Winnie.

—Puedo ir, si lo cree necesario —dijo Egbert.

—Por supuesto que lo creo necesario. Aun cuando no sea nada, al menos estaremos tranquilos. Claro que lo creo necesario. Me gustaría que el Dr. Wayne viniera esta tarde, si es posible.

De modo que Egbert emprendió camino con su bicicleta a través del viento, como un chico a quien se envía a un recado, dejando a su suegro, como un pilar de seguridad, con Winifred.

El Dr. Wayne vino, y puso cara grave. Sí, ciertamente la rodilla iba por mal camino. La niña podía quedar coja para toda la vida.

En todos los corazones se elevó una llama de ira y de miedo. El Dr. Wayne volvió al día siguiente para hacer un examen más completo. Y, sí, la rodilla no iba por buen camino. Debía ser radiografiada. Era muy importante.

Godfrey Marshall se paseó arriba y abajo por el camino con el doctor, junto al automóvil detenido: arriba y abajo, arriba y abajo en una de esas consultas de las que tenía tantas en su vida.

Como resultado entró a ver a Winifred.

—Y bien, Winnie, querida, lo mejor que se puede hacer es llevar a Joyce a Londres, a un hospital, donde pueda recibir un tratamiento adecuado. Por supuesto, se ha dejado que esta rodilla cure mal. Y aparentemente existe el riesgo de que la niña pierda la pierna. ¿Qué opinas, querida? ¿Estás de

acuerdo con que la llevemos a la ciudad y la pongamos bajo los mejores cuidados?

—Oh, padre, tú sabes que yo haría cualquier cosa en el mundo por ella.

—Sé que es así, Winnie querida. La pena es que ya haya habido este desafortunado retraso. No sé lo que estaba haciendo el Dr. Wing. Aparentemente, la niña corre peligro de perder la pierna. Bien, si tienes todo preparado, nos la llevaremos mañana a la ciudad. Ordenaré que el coche grande de Denley esté aquí a las diez. Eghert, ¿quieres mandar ahora mismo un telegrama al Dr. Jackson? Se trata de un pequeño hospital para niños, no lejos de la calle Baker. Estoy seguro de que Joyce estará bien allí.

—Oh, padre, ¿no puedo cuidar de ella yo misma?

—Verás, querida, si va a tener un tratamiento adecuado, será mejor que esté en un hospital. El tratamiento de rayos X, y el tratamiento eléctrico, y lo que sea necesario.

—Costará mucho dinero... —dijo Winifred.

—No podemos pensar en gastos, si la pierna de la niña está en peligro... o hasta su vida. De nada sirve hablar de eso —dijo el anciano con impaciencia.

Y así fue. La pobre Joyce, echada en una cama en el gran automóvil cerrado —la madre sentada junto a su cabeza, el abuelo, con su corta barba gris y su sombrero hongo, sentado a sus pies, denso e implacable en su responsabilidad— se alejaron lentamente de Crockham, y de Eghert, que quedó atrás, allí de pie, con la cabeza desnuda y algo ignominioso. Él cerraría la casa, y llevaría el resto de la familia a la ciudad al día siguiente.

A esto siguió una época amarga y oscura. La pobre niña. La pobre, pobre niña, cómo sufría, una agonía y una larga crucifixión en aquel hospital. Fueron seis semanas amargas que cambiaron el alma de Winifred para siempre. Sentada junto a la cama de su pobre hija torturada, torturada con la agonía de la rodilla, y la agonía aún peor de esos diabólicos, pero quizá necesarios, tratamientos modernos, Winifred sentía que su corazón moría y se enfriaba en su pecho. ¡Su pequeña Joyce, su frágil, valiente, maravillosa pequeña Joyce, frágil y pequeña y pálida como una flor blanca! ¡Ah, cómo se había atrevido ella, Winifred, a ser tan mala, tan mala, tan descuidada, tan sensual!

«¡Que mi corazón muera! ¡Que mi corazón de carne, de mujer, muera! Señor, deja que muera mi corazón. Y salva a mi hija. Que mi corazón muera para el mundo y para la carne. Oh, destruye mi corazón que es tan descarriado. Deja que muera mi orgulloso corazón. Deja que muera mi corazón».

Oraba junto a la cama de su hija. Y como la Madre con las siete espadas en el pecho, su corazón hecho de orgullo y pasión murió lentamente en su pecho, desangrándose. Lentamente murió, desangrándose, y Winifred se volvió hacia la Iglesia en busca de consuelo, hacia Jesús, hacia la Madre de Dios, pero sobre todo hacia aquella grande y perdurable institución, la Iglesia Católica Romana. Se retiró en las sombras de la Iglesia. Era una madre con tres hijos. Pero en su alma había muerto, su corazón, orgulloso y apasionado, se había desangrado hasta la muerte, su alma pertenecía a su Iglesia, su cuerpo pertenecía a su deber como madre.

Su deber como esposa no contaba. Como esposa, no tenía sentido del deber: sólo una cierta amargura hacia el hombre con quien había conocido tanta sensualidad y distracción. Era puramente la *Mater Dolorata*. Para el hombre, estaba cerrada como una tumba.

Egbert acudió a ver a su hija. Pero Winifred parecía estar siempre sentada allí, como la tumba de su hombría y su paternidad. Pobre Winifred: aún era joven, seguía siendo fuerte y rubicunda y hermosa como una flor del campo, roja y resistente. Era extraño... su rostro saludable, rubicundo, tan sombrío, y su cuerpo fuerte, pesado, vigoroso, tan quieto. ¡Ella, una monja! Nunca. Y sin embargo las puertas de su corazón y de su alma se habían cerrado para Egbert con un golpe lento y resonante, impidiéndole la entrada para siempre. No había necesidad de que ingresara en un convento. Su voluntad lo había hecho.

Y entre esta joven madre y este joven padre se hallaba la niña inválida, como un trozo de pálido hilo de seda encima de la almohada, y un pequeño rostro blanco, consumido por el dolor. Él no podía soportarlo. Sencillamente no podía soportarlo. Volvía la cara. No había otra cosa que hacer, sino volver la cara. Egbert volvía la cara, e iba a sus asuntos, de forma inconexa. Aún era atractivo y deseable. Pero había una pequeña arruga en su frente, como si le hubieran hecho un corte con un hacha: como si lo hubieran marcado, para siempre, y ese fuera el estigma.

La pierna de la niña se salvó, pero la rodilla quedó rígida, inmóvil. Ahora se temía que la parte inferior de la pierna se encogiera, o que dejara de crecer. Era necesario hacerle masajes durante largo tiempo, y seguir un tratamiento diario, aun después de que la niña saliera del hospital. Y todos los gastos fueron costeados por el abuelo.

Ahora Egbert no tenía un auténtico hogar. Winifred, con los niños y la niñera, estaba atada al pequeño apartamento de Londres. Él no podía vivir allí: sentía que no cabía. La casa en el campo fue cerrada, o prestada a amigos. A veces él iba para trabajar en su jardín, o para mantener el sitio en

orden. Entonces, con la casa vacía en torno a él, por las noches, con todas las habitaciones vacías, sentía que su corazón se agriaba. La sensación de frustración y de futilidad, como una lenta, aletargada serpiente, le iba mordiendo el corazón. Futilidad, futilidad: el horrible veneno del pantano le atravesó las venas y lo mató.

Cuando trabajaba en el jardín en el silencio del día solía detenerse a escuchar. No había ningún sonido. Ningún sonido de Winifred desde la oscuridad en el interior de la casa, ningún sonido de voces infantiles en el aire, ni de los pastos comunes, ni desde la cercana distancia. Ningún sonido, nada salvo la oscura y venenosa atmósfera de pantano que reinaba en el lugar. De modo que trabajaba espasmódicamente durante el día, y por la noche encendía un fuego y cocinaba sólo algo de comida.

Estaba solo. Él mismo limpiaba la casa y se hacía la cama. Pero no se remendaba la ropa. Sus camisas estaban desgarradas en los hombros, cuando había estado trabajando, y se le veía la blanca carne. Sentía el aire y las gotas de lluvia en la carne expuesta. Y volvía a mirar una vez más al otro lado de los pastos comunes, donde la oscura aliaga plumosa moría para convertirse en semilla, y las matas de brezo crecían en capullos rosados, como salpicaduras de sangre de un sacrificio.

Su corazón se remontaba al antiguo espíritu salvaje del lugar: el deseo de antiguos dioses, antiguas pasiones perdidas, la pasión de las serpientes de sangre fría, veloces, que se alejaban silbando de él, el misterio de los sacrificios de sangre, todas las intensas sensaciones perdidas, de las primitivas gentes del lugar, cuyas pasiones aún bullían en el aire, de aquellos largos días antes de que llegaran los romanos. La ebullición de una oscura pasión perdida en el aire. La presencia de serpientes invisibles.

Una extraña, confusa mirada semi-maligna apareció en su cara. No podía quedarse largo tiempo en la casa. De pronto, tenía que montarse en su bicicleta y partir... hacia cualquier sitio. Hacia cualquier sitio, lejos de ese lugar. Solía quedarse algunos días con su madre, en su antigua casa. Su madre lo adoraba, y sufría como lo haría una madre. Pero la boca de Egbert se curvaba con aquella pequeña sonrisa confusa, semi-maligna, y éste se alejaba de la solicitud de su madre como de todo lo demás.

Siempre en movimiento, de casa en casa, de amigo en amigo, y siempre alejándose de la conmiseración. En cuanto la conmiseración, como una suave mano, se extendía para tocarlo, él se alejaba, instintivamente, como una serpiente inofensiva se aleja y se aleja de una mano extendida. Debía irse lejos. Y periódicamente volvía junto a Winifred.

Él era ahora terrible para ella, como una tentación. Ella se había dedicado a sus hijos y a su iglesia. Joyce volvía a caminar, pero, desgraciadamente, estaba coja, con soportes de hierro en la pierna, y una pequeña muleta. Era extraño ver cómo se había convertido en una personilla larga, pálida, salvaje. Resultaba extraño que el dolor no la hubiera hecho suave y dócil, sino que le hubiera dado un temperamento salvaje, casi de ménade. Tenía siete años, y era alta y blanca y pálida, pero de ningún modo dócil. Su cabello rubio se estaba oscureciendo. Aún tenía que afrontar largos sufrimientos y, en su conciencia infantil, había de soportar el estigma de su cojera.

Y lo soportaba. Un valor casi de ménade parecía poseerla, como si fuera una larga, delgada y joven arma de la vida. Agradecía todos los cuidados de su madre. Apoyaría siempre a su madre. Pero parte de la desesperación nacida de un fino temperamento que heredara de su padre aparecía en ella.

Cuando Egbert vio a su hija cojeando horriblemente —no sólo cojeando, sino terriblemente ladeada, como una niña inválida— su corazón se endureció una vez más de dolor, como el acero que vuelve a ser templado. Había un tácito entendimiento entre él y su hija: no lo que llamaríamos amor, sino una afinidad como arma. Había un pequeño toque de ironía en la manera en que él la trataba, que contrastaba vivamente con los cuidados y la solicitud de Winifred, pesados y densos. La niña se volvía hacia él con una pequeña sonrisa de respuesta, irónica y osada: una extraña petulancia que sólo hacía a Winifred cada vez más sombría y seria.

Los Marshall dedicaron a la niña infinitos cuidados, buscando todos los medios para salvar su pierna y su libertad activa. No ahorraron esfuerzos ni dinero; no ahorraron fuerza de voluntad. Con toda su lenta, pesada fuerza de voluntad dispusieron que Joyce debía tener libertad de movimiento, que debía recuperar su gracia libre y salvaje. Aun cuando llevara mucho tiempo recuperarla, debía ser recuperada.

Así estaba la situación. Y Joyce se sometía, semana tras semana, mes tras mes, a la tiranía y al dolor del tratamiento. Agradecía el honorable esfuerzo que se hacía por ella. Pero su apasionado y temerario espíritu era el de su padre. Era él quien tenía para ella toda la atracción. Él y ella eran como miembros de una prohibida sociedad secreta que se conocen el uno al otro pero que pueden no reconocerse. Tenían un conocimiento en común, el padre y la hija, el mismo secreto de la vida. Pero la niña se mantenía en el campo de su madre, honorablemente, y el padre vagaba fuera de él como Ismael, sólo viniendo a veces a sentarse en la casa durante una o dos horas, una tarde o dos junto al fuego, como Ismael, en una tensión y un silencio curiosos, con la

burlona respuesta del desierto hablando desde su silencio, y anulando toda la convención del hogar doméstico.

Su presencia constituía casi una angustia para Winifred. Rezaba contra ella. Esa pequeña arruga en el entrecejo de Egbert, esa pequeña sonrisa fugaz, maligna, que parecía atormentar su cara, y sobre todo la triunfante soledad, esa cualidad de Ismael. Y luego el erguimiento de su cuerpo flexible, como un símbolo. El modo mismo en que se tenía de pie, tan quieto, tan insidioso, como un símbolo derecho y flexible de vida, el cuerpo viviente confrontando su alma apesadumbrada, era una tortura para ella. Él era como un ídolo flexible y viviente moviéndose ante sus ojos, y ella sentía que si lo miraba estaba condenada.

Y él venía y se instalaba en su pequeña casa. Cuando estaba allí, moviéndose con sus ademanes tranquilos, ella sentía como si la gran ley del sacrificio, bajo la cual había elegido vivir, fuera anulada. Él anulaba con su sola presencia las leyes de su vida. ¿Y por qué las sustituía? Ah, contra esa pregunta ella se endurecía, rechazándola.

Era terrible para ella tenerle a su alrededor, moviéndose por la casa en mangas de camisa, hablándoles a los niños con su voz ronca, de tenor. Annabel le adoraba, y él se burlaba de la pequeña. Bárbara, la menor, no estaba segura de él. Había nacido como una extraña para él. Pero hasta la niñera, cuando veía la blanca carne de su hombro a través de las desgarraduras de su camisa, pensaba que era una pena.

Winifred sentía que esto era sólo otra arma que él utilizaba contra ella.

—Tienes otras camisas. ¿Por qué usas esa que está toda desgarrada, Egbert? —le decía.

—Será mejor que la gaste de una vez por todas —decía él sutilmente.

Él sabía que ella no se ofrecería a arreglársela. No podía. Y no, no lo haría. ¿No tenía ella sus propios dioses que honrar? ¿Y podía traicionarlos, sometiéndose a su Baal y su Astarot? Y su desvestida presencia era terrible para ella, su presencia que parecía anularla a ella y a su fe, como otra revelación. Como un brillante ídolo evocado en contra de ella, un vivido ídolo de vida que podía triunfar.

Él iba y venía, y ella persistía. Y luego estalló la Gran Guerra. Él no era un hombre que pudiera arruinarse. No podía disiparse. Era un inglés de pura sangre, y aun cuando le hubiera gustado ser un corrompido, no podía serlo.

De modo que cuando estalló la guerra todo su instinto fue contra ella: contra la guerra. No tenía el más mínimo deseo de derrotar a ningún extranjero o de ayudar a su muerte. No tenía concepción alguna de la

Inglaterra Imperial, y *Rule Britannia* era sólo una broma para él. Era un inglés de pura sangre, perfecto en su raza, y cuando era auténticamente él mismo no podía ser agresivo por el hecho de ser inglés, del mismo modo que una rosa no puede ser agresiva por el hecho de ser rosa.

No, no tenía deseo alguno de desafiar a Alemania ni de exaltar a Inglaterra. La distinción entre lo alemán y lo inglés no era para él la distinción entre lo bueno y lo malo. Era la distinción entre flores de agua azules o capullos blancos o rojos: sólo la diferencia. La diferencia entre el jabalí salvaje y el oso salvaje. Y un hombre era bueno o malo según su naturaleza, no según su nacionalidad.

Egbert era bien educado, y esto era parte de su entendimiento natural. Para él era simplemente antinatural odiar a una nación en masa. A él le disgustaban ciertos individuos, y otros le gustaban, y de la masa no sabía nada. Ciertos hechos le disgustaban, ciertos hechos le parecían naturales, y acerca de la mayoría de los hechos no tenía ningún sentimiento en particular.

Tenía, no obstante, el instinto más profundo de la buena educación. Se negaba inevitablemente a que sus sentimientos fueran dictados por los sentimientos de la masa. Sus sentimientos eran suyos, su entendimiento era suyo, y nunca se retractaría de ninguna de las dos cosas por su propia voluntad. ¿Un hombre ha de hacerse inferior a su propio conocimiento y a su yo, sólo porque la masa lo espera de él?

Lo que Egbert sentía sutil e indudablemente, su suegro lo sentía de una manera más tosca, más combativa. Diferentes como eran, eran ambos dos auténticos ingleses, y sus instintos eran casi los mismos.

Y Godfrey Marshall tenía que entenderse con el mundo. Estaba la agresión militar alemana, y la idea no-militar inglesa de libertad y de las «conquistas de la paz», lo que significaba el industrialismo. Aun cuando la elección entre el militarismo y el industrialismo fuera una elección entre dos males, el anciano se inclinaba por fuerza por la última. Él, cuya alma vibraba con el instinto del poder.

Egbert simplemente se negaba a vérselas con el mundo. Se negaba hasta a decidirse entre el militarismo alemán y el industrialismo inglés. No escogió a ninguno de los dos. En cuanto a las atrocidades, despreciaba a la gente que las cometía, como a tipos criminales inferiores. El crimen no tiene nacionalidad.

¡Y no obstante, la guerra! ¡La guerra! ¡Sólo la guerra! No el bien o el mal, sino la guerra misma. ¿Debería alistarse? ¿Debería entregarse a la guerra? La pregunta estuvo en su mente durante algunas semanas. No porque pensara que Inglaterra tenía razón y Alemania estaba equivocada. Probablemente

Alemania estuviera equivocada, pero él se negaba a elegir. No porque se sintiera inspirado. No. Pero simplemente... la guerra.

Lo que lo disuadía era el hecho de entregarse al poder de otros hombres, y al poder del espíritu de multitud de un ejército democrático. ¿Debería entregarse? ¿Debería entregar su vida y su cuerpo al control de algo que él *sabía* que era inferior, en espíritu, a su propio yo? ¿Debería someterse al poder de un control inferior? ¿Debería? ¿Debería traicionarse a sí mismo?

Iba a entregarse al poder de sus inferiores, y lo sabía. Iba a subyugarse. Iba a recibir órdenes de una pequeña *canaille* de oficiales, de comisionados —o hasta de oficiales comisionados—. A él, que había nacido y había sido educado libre. ¿Debería hacerlo?

Acudió a su mujer, para hablar con ella.

—¿Me alisto, Winifred?

Ella calló. Su instinto también estaba en contra de ello. Y sin embargo un profundo resentimiento la hizo responder:

—Tienes tres hijas que dependen de ti. No sé si has pensado en eso.

Estaban aún en el tercer mes de la guerra, y las antiguas ideas pre-bélicas seguían vivas.

—Por supuesto. Pero para ellas será lo mismo. Ganaré al menos un chelín al día.

—Creo que será mejor que hables con mi padre —replicó ella con pesadumbre.

Egbert acudió a su suegro. El corazón del anciano estaba lleno de resentimiento.

—Yo diría —dijo agriamente— que es lo mejor que podrías hacer.

Egbert fue a alistarse inmediatamente, como soldado raso. Fue destacado a la artillería ligera.

Winifred tenía ahora un nuevo deber para con él: el deber de una esposa hacia un marido que está a su vez cumpliendo con su deber para con el mundo. Aún le amaba. Siempre le amaría, en lo que respectaba al amor terrenal. Pero ahora se regía por el deber. Cuando él volvía a su lado vestido de caqui, como un soldado, se sometía a él como su esposa. Era su deber. Pero a su pasión no podía volver a someterse enteramente. Algo se lo impedía, para siempre: hasta su elección más profunda.

Él regresó al campamento. No le iba bien ser un soldado moderno. En el grueso, áspero, horrible uniforme su físico sutil quedaba extinguido como si lo hubieran matado. En la fea intimidación del campamento sus refinadas sensibilidades quedaban degradadas. Pero él había elegido, de modo que lo

aceptaba. Una mirada desagradable apareció en su cara, la de un hombre que ha aceptado su propia degradación.

A principios de la primavera Winifred fue a Crockham para estar allí cuando florecieran las primulas, y los capullos colgaran en los avellanos. Sentía algo así como una reconciliación hacia Egbert, ahora que era un prisionero del campamento la mayor parte del tiempo. Joyce estaba loca de alegría al volver a ver el jardín y los campos comunes, después de la agonía de ocho o nueve meses en Londres. Aún seguía coja. Llevaba todavía el soporte de metal en la pierna. Pero se movía cojeando con una salvaje agilidad de lisiada.

Egbert fue a pasar un fin de semana, vestido con su grueso y áspero caqui, como papel de lija, sus polainas y su horrible gorra. Tenía un aspecto terrible. Y en su cara un aire ligeramente impuro, una pupa en el labio, como si hubiera comido o bebido demasiado, o como si hubiera dejado que su sangre se hubiera ensuciado un poco. Tenía un aspecto casi desagradablemente sano, con la vida del campamento. No le favorecía.

Winifred le esperó con una pequeña pasión de deber y sacrificio, dispuesta a servir al soldado, si no al hombre. Esto sólo hizo que él se sintiera aún peor por dentro. El fin de semana fue un tormento para él: el recuerdo del campamento, la conciencia de la vida que llevaba allí; hasta la visión de sus propias piernas cubiertas por ese caqui aborrecible. Sentía como si la horrible tela se metiera en su sangre y la hiciera áspera y sucia. Y luego, Winifred, tan dispuesta a servir al soldado, cuando repudiaba al hombre. Y esto se lo hacía todavía más insoportable. Y las niñas corriendo por el campo, rezando y llamando con la manera algo afectada de los niños que tienen niñeras e institutrices y literatura en la familia. ¡Y Joyce tan coja! Todo se había vuelto irreal para él, después del campamento. Sólo hacía que su alma se pusiera en guardia. Partió en la madrugada del lunes, contento de reintegrarse a la realidad y a la vulgaridad del campamento.

Winifred ya no volvería a encontrarse con él en la casa de Crockham; sólo en Londres, donde el mundo estaba con ellos. Pero a veces él iba sólo a Crockham, quizá cuando había amigos pasando unos días allí. Y entonces trabajaba un rato en el jardín. Todavía este verano el jardín se encendería con buglosas azules y grandes amapolas rojas, los gordolobos mecerían sus suaves y plumosas erecciones en el aire —le encantaban los gordolobos— y la madre selva desprendería su aroma como un recuerdo, cuando chillara el búho. Luego se sentaba junto al fuego con los amigos y las hermanas de Winifred, y cantaban canciones populares. Se ponía ropa ligera de civil y su

encanto y su belleza y el flexible dominio de su cuerpo volvían a brillar. Pero Winifred no estaba allí.

Al final del verano se fue a Flandes, al frente. Parecía haberse ido ya de la vida, estar más allá de sus límites. Apenas recordaba ya su vida; era como un hombre que va a saltar desde una gran altura, y sólo mira el sitio donde va a aterrizar.

Dos veces fue herido levemente, en dos meses. Pero no lo suficiente como para ponerlo fuera de acción más de uno o dos días. Se retiraban otra vez, manteniendo alejado al enemigo. Él estaba en la retaguardia, con tres ametralladoras. El campo seguía siendo agradable; la guerra aún no lo había devastado. Sólo el aire parecía disperso, y la tierra esperaba la muerte. Era una acción pequeña, poco importante, en la que él combatía.

Los cañones estaban estacionados en una pequeña colina cubierta de arbustos en las afueras de un pueblo. Pero ocasionalmente era difícil decir de qué dirección llegaba el agudo martilleo de los rifles y, más allá, el lejano tronar de los cañones. La tarde era fría e invernal.

Un teniente estaba de pie sobre una pequeña plataforma de hierro en lo alto de las escaleras, vigilando el terreno y señalando los blancos, gritando con una voz aguda, tensa, mecánica. Del cielo llegaba el agudo grito de las direcciones, luego la cuenta atrás, y luego ¡Fuego! Partía el disparo, el pistón del fusil saltaba hacia atrás, había una fuerte explosión, y una ligera película de humo en el aire. Luego disparaban los otros fusiles, y había un silencio. El oficial no estaba seguro de la posición del enemigo. El denso bosquecillo de castaños de Indias más abajo no había cambiado. El sonido de fuego cerrado sólo continuaba en la lejana distancia, tan lejos que daba una sensación de paz.

Las matas de aliaga a cada lado estaban oscuras, pero había unas cuantas flores amarillas. Egbert las vio casi inconscientemente mientras esperaba en el silencio. Estaba en mangas de camisa, y sentía el aire frío en sus brazos. Una vez más su camisa estaba rajada en el hombro, y se le veía la carne. Estaba sucio y desaliñado. Pero su rostro estaba en calma. Tantas cosas se van de la conciencia antes de que llegemos a perderla.

Delante de él, abajo, estaba la carretera, que corría entre altos bancos de hierba y aliaga. Vio las huellas blanquecinas, barrosas, y las profundas marcas en la carretera, donde parte del regimiento se había retirado. Ahora todo estaba en silencio. Los sonidos que llegaban lo hacían desde el exterior. El lugar donde él se hallaba parado aún seguía silencioso, fresco, sereno: la blanca iglesia entre los árboles, más allá, parecía sólo un pensamiento.

Se movió en una respuesta mecánica, como un rayo, al agudo grito del oficial allá arriba. Mecanismo, la pura acción mecánica de obediencia a los fusiles. Pura acción mecánica ante los fusiles. Dejaba el alma descargada, meditando en una oscura desnudez. Al final, el alma está sola, meditando frente al flujo no creado, como un pájaro en un mar oscuro.

No se veía nada salvo la carretera, y un crucifijo caído por un impacto, y los oscuros campos y bosques otoñales. Aparecieron tres jinetes en una pequeña elevación, muy pequeños, en la cresta de un campo arado. Eran de los nuestros. Del enemigo, nada.

La pausa continuaba. De pronto se oyeron órdenes estrictas, y una nueva dirección de los fusiles, y una actividad intensa, excitante. Y no obstante, en el centro, el alma permanecía oscura y apartada, sola.

Pero así y todo, fue el alma la que oyó el nuevo sonido: el nuevo y profundo «¡pap!» de un fusil que pareció tocarla directamente. Egbert mantuvo su rápida actividad con la ametralladora, sudando. Pero en su alma estaba el eco del sonido nuevo y profundo, más profundo que la vida.

Y en confirmación se oyó el terrible silbido de una granada, avanzando casi súbitamente hasta convertirse en un chillido agudo, desgarrador, que rasgaría la membrana de la vida. Lo oyó con sus oídos, pero también lo oyó en su alma, en tensión. Sintió alivio cuando la granada pasó de largo y cayó más lejos. Oyó la ronca explosión, y la voz del soldado llamando a los caballos. Pero no se volvió a mirar. Sólo vio una rama de acebo con bayas rojas caer como un regalo sobre la carretera.

Esta vez no, esta vez no. Allá donde tú vayas, yo iré. ¿Se lo dijo a la granada, o a quién? Allá donde tú vayas, yo iré. Luego, se oyó el lejano silbido de otra granada, y su sangre se hizo pequeña y quieta para recibirla. Se fue acercando, como una horrible ráfaga de viento; su sangre perdió la conciencia. Pero en el segundo de suspensión vio la pesada granada caer al suelo, entre los rocosos arbustos a su derecha, y la tierra y las piedras levantarse hacia el cielo. Era como si no oyera ningún sonido. La tierra y las piedras y los fragmentos de arbustos volvieron a caer, y seguía habiendo la misma paz. Los alemanes habían dado en el blanco.

¿Se moverían ahora? ¿Se retirarían? Sí. El oficial estaba dando las últimas órdenes, rápidas como el rayo, de disparar antes de retirarse. Una granada pasó desapercibida en la rapidez de la acción. Y luego, en el silencio, en el suspenso donde el alma meditaba, finalmente estalló un ruido y una oscuridad y un momento de llameante agonía y horror. Ah, él había visto el pájaro oscuro volando hacia él, volando esta vez hacia el blanco. En un instante la

vida y la eternidad estallaron en una conflagración de agonía; luego la oscuridad cayó pesadamente.

Cuando algo empezó a debatirse levemente en la oscuridad, una conciencia de sí mismo, Egbert sintió un gran peso y un sonido metálico. ¡Haber conocido el momento de la muerte! Y ser forzado, antes de morir, a examinarlo. Así, el destino, aún en la muerte.

Hubo una resonancia de dolor. Parecía sonar desde el exterior de su conciencia: como una ruidosa campana repicando muy cerca. No obstante, sabía que era él. Debía asociarse con el sonido. Después de una pausa y un nuevo esfuerzo, identificó un dolor en su mano, un gran dolor que repicaba y resonaba. Hasta ahora podía identificarse consigo mismo. Luego hubo un lapso.

Al cabo, pareció volver a despertar, y al despertarse, supo que estaba en el frente y que lo habían matado. No abrió los ojos. La luz aún no era suya. El resonante dolor en su cabeza eliminó el resto de su conciencia. Así, volvió a perder el sentido, en un indecible y hastiado abandono de la vida.

Poco a poco, como una fatalidad, vino la necesidad de saber. Le habían herido en la cabeza. Al principio fue sólo una vaga deducción. Pero en el balanceo del péndulo del dolor, balaceándose cada vez más y más cerca, para tocarle en una agonía de conciencia y una conciencia de agonía, gradualmente emergió el conocimiento: debían haberle herido en la cabeza, en la ceja izquierda; si así fuera, habría sangre. ¿Había sangre? ¿Sentía sangre en su ojo izquierdo? Luego la resonancia pareció hacer estallar la membrana de su cerebro, como una locura de muerte.

¿Había sangre en su cara? ¿Fluía la sangre caliente? ¿O era sangre seca, coagulándose en su mejilla? Le llevó horas llegar a esta pregunta: el tiempo no era más que una agonía en la oscuridad, sin medida.

Mucho tiempo después de abrir los ojos se dio cuenta de que estaba viendo algo. Algo, algo, pero el esfuerzo de recordar qué era le resultaba demasiado grande. ¡No, no había recuerdo!

¿Eran las estrellas en el cielo oscuro? ¿Era posible que fueran estrellas en el cielo oscuro? ¿Estrellas? ¿El mundo? ¡Ah, no, no podía saberlo! Las estrellas y el mundo habían desaparecido para él. Cerró los ojos. No había estrellas, no había cielo, no había mundo. ¡No, no! Sólo la espesa oscuridad de la sangre. Debía de ser un gran lapso hacia la espesa oscuridad de la sangre en agonía.

¡Muerte, oh, muerte! El mundo todo sangre, y la sangre retorciéndose con la muerte. El alma como una diminuta luz en un mar oscuro, un mar de

sangre. Y la luz parpadeando, vibrando, latiendo en una tormenta sin viento, deseando poder apagarse, y no obstante incapaz de hacerlo.

Había habido vida. Habían estado Winifred y sus hijas. Peto el frágil esfuerzo de agonía mortal para aferrarse a los fragmentos de la memoria, fragmentos de la vida del pasado, le producía una náusea demasiado grande. ¡No, no! No había Winifred, no había hijos. No había mundo, no había gente. Mejor la agonía de la disolución que le esperaba que la náusea del esfuerzo de volver hacia atrás. Mejor que el terrible trabajo fuera hacia adelante, hacia la disolución en el negro mar de la muerte, en una disolución extrema, que el esfuerzo de volver a asirse a la vida. ¡Olvidar! ¡Olvidar! Olvidar completamente, completamente, en el gran olvido de la muerte. Romper el centro y la unidad de la vida, y entregarse a la gran oscuridad. Sólo eso. Romper la clave, y fundirse y confundirse con la única oscuridad, sin un después, sin un hacia delante. Que el negro mar de la muerte resuelva el problema del futuro. Que la voluntad del hombre ceda y renuncie.

¿Qué era eso? ¡Una luz! ¡Una luz terrible! ¿Eran figuras? ¿Eran las patas de un caballo colosal, colosal por encima de él: inmenso, inmenso?

Los alemanes oyeron un ligero ruido, y se sobresaltaron. Entonces, en el resplandor de una bomba de luz, junto al montículo de tierra arrojado por la granada, vieron la cara muerta.